



RELAMI

Rede Ecumênica

Latino-Americana de Missiolog@s

CUAUHTLATOATZIN JUAN DIEGO, SANTO INDIO REBELDE

*P. Eleazar López Hernández
Centro Nacional de Ayuda a las Misiones Indígenas, Cenami.
México, D. F. 30 de julio de 2002.*

La visita actual de Su Santidad el Papa Juan Pablo II es una ocasión propicia para analizar y valorar la relación que la Iglesia ha establecido y ahora trata de renovar con los pueblos indígenas de México y del mundo entero.

Las palabras de Juan Diego ante la Virgen de Guadalupe, cuando ella le mandó a la casa del obispo es bastante expresiva de lo sucedido en la historia: *"Me envías a un lugar donde no ando y no paro"* (Nican Mopohua 40). Es un hecho innegable que, a pesar de los buenos sentimientos de varios ilustres misioneros de la primera hora, el indígena y su mundo, sobre todo el religioso, no tuvieron cabida en los planteamientos evangelizadores de la Iglesia. El llamado "Diálogo de los Doce" en 1525 lo mostró claramente cuando, después de escuchar a los tlatoanis y tlamatinis aztecas que afirmaban que el Dios cristiano era el mismo Dios indígena, los recién llegados concluyeron el diálogo de manera tajante: *"Os es muy necesario despreciar y aborrecer, desechar y escupir todos estos que agora tenéis por Dioses y adoráis, porque a la verdad no son Dioses, sino engañadores y burladores..."*^{1[1]} En la perspectiva colonial no podía haber concesión alguna frente a las creencias de un pueblo conquistado. La religión del vencedor era, en razón de los acontecimientos, necesariamente superior y había que imponerla como parte del nuevo modelo de sociedad.

Durante la época colonial y hasta muy recientemente entrar en la Iglesia conllevó, de hecho, la renuncia total a los esquemas propios de fe dejando en la puerta de los templos cristianos los penachos, las plumas, los ayates, los cencerros, el tambor, los atuendos festivos, la lengua, en fin, hasta el alma propia para revestirse de lo nuevo a la manera del conquistador. Quienes se sometieron a esta lógica implacable, renegando de lo propio, ciertamente tuvieron que enfrentar a sus hermanos indios y muchos sucumbieron a manos de ellos en defensa de la nueva fe y por eso son santos para la Iglesia. Pero hoy cabe preguntarnos ¿es ese el único camino que la Iglesia presenta a los pueblos indios para acceder a Jesucristo y a su evangelio?

Durante estos quinientos años ha sido muy difícil para la Iglesia entender, valorar y, sobre todo, asumir la alteridad indígena. Por eso en la mayor parte de este medio milenio de cristianización los indígenas no avanzamos significativamente en ella sino en los últimos 40 años. Nuestro ámbito de acción ha sido sobre todo el de la religiosidad popular que es muy amplia en expresiones y contenido pero se halla al margen o en la periferia de la vida eclesial. Durante mucho tiempo incluso la Virgen de Guadalupe, que es el núcleo central de la primera síntesis cristiano-indígena, fue aceptada en la Iglesia, pero sin Juan Diego, y con reiterados esfuerzos de despojarla de su contenido profundamente autóctono.

^{1[1]} Fr. Bernardino de Sahagún, Colloquios, cap. V, 29

En estos días el Santo Padre canoniza a Juan Diego y beatifica también a los mártires zapotecos de Oaxaca. Con ello está afirmando que también los indios somos capaces de llegar a los altares y ser modelos de vida para los demás, que es lo que significa la palabra 'canonización'.

Pero los santos en cuestión no tienen la misma connotación e importancia. Podemos decir que los mártires de Oaxaca, al igual que los niños mártires de Tlaxcala, son expresión de la vía clásica a la santidad en la Iglesia, por cuanto que son personas que se dejaron moldear sin reservas por la institución renunciando a su cultura, a su pueblo y hasta a su propia vida. Pero Juan Diego tiene otras características que lo hacen un modelo de santo muy diferente. El conoce la Iglesia y se hace cristiano cuando ya era una persona madura, casi un anciano: tenía 57 años. De modo que su identidad profunda, lo que los antiguos mexicanos llamaban "rostro y corazón", no fueron moldeados por el contacto con la Iglesia, sino por la cultura y la fe prehispánica de su pueblo. Al bautizarlo la Iglesia no le dio la santidad, sino que consagró y ratificó, como obra de Dios, su bondad humana anterior a la presencia cristiana y su santidad de vida. Por tanto Juan Diego, así como transportó para el obispo las flores en su tilma, es decir, en su persona, llevó también a la Iglesia la santidad del pueblo indígena²[2].

Además Juan Diego no llegó a ser santo porque se sometió a la Iglesia e hizo sin chistar todo lo que le mandaron hacer, que es lo que algunos quisieran hacernos creer. Lo que en realidad pasó es que Juan Diego hizo que la Iglesia se plegara a la verdad y al proyecto indio; por eso le dice al obispo al entregarle las rosas: "*para que veas la señal que tú pedías, para que creyeras en su voluntad {de la Señora del cielo}; y también para que aparezca la verdad de mi palabra y mi mensaje*" (Nican Mopohua 106). Quien finalmente se aparece en el relato guadalupano es Juan Diego. Por eso la gente sencilla mira ese hecho como el gran milagro de nuestra reconstrucción como pueblo después de las barbaridades de la conquista, y por eso cuando no se le cree amenaza con el dicho popular: "*Se te va a aparecer Juan Diego*". Y es que Juan Diego no fue al palacio episcopal para quedarse y contemplar a la institución, sino para sacar al obispo y llevarlo al Tepeyac (lugar de las creencias de su pueblo) y a Cuauhtitlán (lugar de sus ancestros), para construir con el pastor la teocalli o templo de Tonantzin, la Madre de todos los Dioses precolombinos (cf. Nican Mopohua 22) y Madre de nuestro Salvador y nuestro Señor Jesucristo (cf. Nican Mopohua 53). No se trata simplemente del acatamiento de la religión foránea, sino de la apropiación de su contenido más profundo dentro de los esquemas indios. No es, por tanto, la renuncia ni la sobrevaloración de lo propio sino el diálogo con la propuesta del otro para alcanzar la síntesis que hermane a ambos en un nuevo proyecto de vida.

Juan Diego no es un santo fácil de manejar, como tampoco lo somos los indígenas de hoy que hemos ido conquistando, en la sociedad y en la Iglesia, los espacios necesarios para una participación madura y responsable. Lo que históricamente hizo Juan Diego como primer teólogo indio cristiano se ha convertido en símbolo de la resistencia indígena presente en toda nuestra historia patria y que recientemente ha hecho erupción en Chiapas, en Oaxaca, en Guerrero, en San Salvador Atenco. Juan Diego aparece ante nuestra gente como un santo rebelde e inconforme con el orden establecido, como un profeta aguerrido, un miembro del pueblo que "se puso águila" para salvarlo del caos producido por intereses foráneos. Por algo su nombre originario es Cuauhtlatoatzin, es decir, "respetable águila que habla", porque él es, en verdad, el Tlatoani que el cielo nos

²[2] Es lo mismo que pasó en los primeros siglos de la Iglesia, cuando los creyentes expulsados de Judea se vieron dispersos por el mundo grecorromano y empezaron a relacionarse con personas de otras culturas y expresiones religiosas, en quienes encontraron valores humanos y espirituales dignos de encomio. San Gregorio Nacianceno, a propósito del bautismo de su hermana, que era una santa pagana, sostiene que ya que "toda sus vida era purificación y perfección ... el bautismo no le dio la gracia sino la consagración" (Oraciones 8, 20: Patrología Griega 35, 812c; citado por la Comisión Episcopal para Indígenas de la CEM en los Fundamentos Teológicos de la Pastoral indígena, 1988, 35)

envía. Por eso Juan Diego somos todas y todos los que resistimos al mal y luchamos por alternativas de vida digna.

En consecuencia, canonizar a Juan Diego es reconocer la razón histórica que asiste a los pueblos indios en nuestra lucha de siglos: pueblos aplastados por las armas y por el poder de los hechos consumados, pero no vencidos en sus derechos humanos y colectivos en cuanto descendientes de los primeros pobladores de este continente. La Iglesia, aunque tardíamente, reconoce ahora que los valores y la santidad presentes en nuestras tradiciones y culturas, son resultado de la siembra hecha por el mismo Dios de la Biblia, de la Iglesia y de nuestros padres indios, y que tales valores y santidad indígena pueden no sólo entrar válidamente en la Iglesia sino ser modelo de vida para todos los cristianos. Esto marca el inicio de otro momento en nuestra historia, porque puede ser la base de una nueva relación de la Iglesia con los pueblos indios. Queda el compromiso de clarificar en lo concreto las relaciones eclesiales y pastorales que deben establecerse con quienes mantienen sus diferencias culturales y religiosas como parte de su identidad profunda.

El Papa Juan Pablo II, desde su primera visita a México, inició en Cuilápan, Oaxaca (1979) con nuestros pueblos una relación que ha ido creciendo más y más. En las comunidades indígenas fue descubriendo a lo largo de sus posteriores contactos grandes valores humanos, culturales y religiosos, que él reconoció necesarios para la renovación de la sociedad y de la Iglesia.

En Yucatán, en 1993, los descendientes de los primeros habitantes de México y del continente, aparecimos ante Juan Pablo II como los nuevos evangelizadores del mundo, porque *"antes de que llegaran aquí los habitantes de otros continentes, vosotros habíais ya dado a esta tierra el sabor de las fatigas de vuestro trabajo y de vuestros sufrimientos, la riqueza de vuestras culturas ancestrales, de vuestros valores humanos, de vuestras lenguas. Pero con la fe cristiana todo ello recibió un significado nuevo y más profundo. Vosotros sois, pues, la sal de la tierra... porque habéis de contribuir a evitar que la vida del hombre se deteriore o se corrompa persiguiendo los falsos valores, que tantas veces se proponen en la sociedad contemporánea"*.^{3[3]}

En la IV visita papal a México (1999) los indígenas ocupamos un lugar preponderante en las palabras y gestos del Santo Padre. De modo que la relación del Papa Juan Pablo II con los pueblos indígenas ha ido en un crescendo cada vez más alto y profundo. Ahora, en su V visita, veremos la culminación de su obra con la canonización de Juan Diego, proponiendo el paradigma indígena como cánón o norma de vida para todos.

Pero reconocer, convalidar y consagrar la vía indígena a la santidad, metiendo de lleno la perspectiva autóctona en la Iglesia no se puede reducir a actos simbólicos que exaltan los ánimos hasta el cielo, y luego se echan al olvido. Implicará, si queremos ser consecuentes, renovar en serio a la Iglesia desde dentro y asegurar la solidaridad cristiana y el acompañamiento pastoral efectivo a las luchas concretas de nuestros pueblos. Si las hermosas palabras y gestos simbólicos de estos días no se convierten en actitudes permanentes de vida y de servicio, los pueblos y la historia juzgarán a la Iglesia sin miramientos. Y entonces a la Iglesia se le aparecerá Juan Diego y, talvez, ya sin la Virgen, como dice el vulgo. Es el mismo desafío que se presenta al conjunto de la sociedad mexicana: Incorporar dignamente a quienes somos la raíz primera y el origen de la patria mexicana para que haya pronto un futuro que valga la pena.

Es la hora de construir un México y un mundo donde haya lugar digno para todas y para todos. Esto implica necesariamente, para el Estado, el cumplimiento de los acuerdos pactados con las comunidades indias, la aprobación de leyes, estructuras y mecanismos, que reconozcan y viabilicen la composición de un estado verdaderamente pluricultural y

^{3[3]} Juan Pablo II, Discurso a los pueblos indígenas en Xoclán, Yucatán, 11 de agosto de 1993.

pluriétnico, y que respondan cabalmente a las exigencias de nuestros pueblos. Y para la Iglesia, la puesta en marcha de las decisiones conciliares sobre el surgimiento de las iglesias autóctonas, el decidido apoyo a los procesos indios dentro de la institución, como el diaconado indígena, la teología india, los ministerios autóctonos, la liturgia inculturada. Mientras esto no suceda, Juan Diego seguirá diciendo a Tonantzin Guadalupe: *"Me envías a un lugar donde no ando y no paro"*